

**Un realismo optimista ante la crisis social de Occidente: breve
reflexión sobre el pensamiento de Wilhelm Röpke y Russell Kirk**

An optimistic realism to the social crisis of Western civilization: brief reflection on the
thought of Wilhelm Röpke and Russell Kirk

Pablo Sanz Bayón

Universidad Pontificia Comillas

Trabajo publicado en la obra colectiva: *Construir la democracia: responsabilidad y bien común*, CEU Ediciones, Madrid, 2016, págs. 275-288. ISBN: 978-84-16477-32-6.

Resumen

El presente trabajo tiene como fin reflexionar brevemente sobre las causas de la crisis de la sociedad occidental contemporánea a partir del pensamiento de Wilhelm Röpke y Russell Kirk. Sendos aportes, desde diferentes contextos -el primero ordoliberal y proponente de la economía social de mercado; el segundo, desde el conservadurismo clásico estadounidense-, desarrollan un pensamiento marcado por un realismo crítico pero optimista. Este planteamiento se basa, primeramente, en asumir el hecho de que los problemas sociales modernos no son sólo de raíz política o económica, sino fundamentalmente de orden moral. Tanto Röpke como Kirk dan razón de esta premisa y por ello, en el actual panorama de desencanto y hastío social, resulta oportuno volver a estos dos pensadores para buscar un certero diagnóstico. Este trabajo tiene como fin obtener una inspiración filosófica con que revitalizar auténticamente la política occidental yendo más allá de los aspectos epidérmicos de la presente crisis.

Palabras clave: Russell Kirk, Wilhelm Röpke, ordoliberalismo, conservadurismo, economía social de mercado, crisis moral, realismo, ideología, Estado, Occidente.

Abstract

This paper aims to discuss the causes of the social crisis in Western society from the work of Wilhelm Röpke and Russell Kirk. Both thinkers, from different orientations and academic contexts -the former ordoliberal and proponent of the social market economy; the latter, from the American conservatism- develop a thought marked by a critical and optimistic realism. This realism assumes the fact that the social problems that have been occurring since the emergence of Modernity do not have political or economic roots only, but fundamentally moral reasons. Both Röpke as Kirk defend this claim and that is why in these times of political and social disenchantment it is worth coming back to them for an accurate diagnosis. Thus, the goal of this work is to obtain a philosophical inspiration that truly revitalizes Western politics and let us go beyond the epidermal aspects of the current crisis.

Keywords: Russell Kirk, Wilhelm Röpke, ordoliberalism, conservatism, social market economy, moral crisis, realism, ideology, State, Western civilization

1. Introducción

El desencanto es sin lugar a dudas un rasgo definitorio de la sociedad occidental contemporánea. La creencia de que la democracia moderna, durante la segunda posguerra mundial, nos traería por fin un paraíso terrenal mediante un progreso determinista y mecanicista provocó en las naciones occidentales una excesiva euforia acerca de sus capacidades para materializar los ideales declarados universalmente.

Una de las tesis paradigmáticas sobre la democracia moderna es la sostenida por Kelsen en *Esencia y valor de la democracia*, en cuyos postulados idealistas (e irrealistas) ya se recoge el germen de su consecuente problematización. La limitación de la democracia así concebida es la propia del positivismo jurídico, al pretender la eficacia y validez del ideal puro de la democracia sin atender a lo concreto real y a expensas de sacrificar el orden natural pre-político. Así se extrae cuando Kelsen afirma: “Donde con más claridad se revela el carácter racionalista de la democracia es en su aspiración a organizar el orden estatal como un sistema de normas generales, preferentemente escritas, en las que los actos individuales de la administración y la jurisdicción se hallan determinados del modo más amplio posible, pudiendo considerarse como previsibles. A la democracia es inmanente la tendencia a situar en la legislación el centro de gravedad de las funciones estatales, convirtiéndose en Estado legislativo. El ideal de legalidad desempeña en ella un papel decisivo, así como la creencia de que los actos políticos individuales pueden justificarse racionalmente por su legalidad. En la democracia, la seguridad jurídica reclama la primacía sobre la justicia, siempre problemática: el demócrata propende más al positivismo jurídico que al derecho natural”¹.

La segunda mitad del siglo XX salvó numerosos obstáculos y conflictos sociopolíticos mediante la creencia en esta utopía pero sus fórmulas dan hoy muestra de un evidente agotamiento. Sin embargo, actualmente, en no pocos ámbitos convivenciales de la *polis*, desde los micro-organizativos (familias, pequeñas comunidades locales y empresas) a los macro-organizativos (Estado, mercados financieros, grandes corporaciones y sindicatos), la *hybris* parece haberse instalado y la última crisis económica global (en curso desde 2008), así como el consiguiente desencanto con las

¹ Vid. Kelsen, *Esencia y valor de la democracia*, Comares, Granada, 2002, pág. 119.

dinámicas estatales y mercantiles posteriores, han acrecentado la inercia de una acedia sin precedentes, de un hastío social generalizado.

La crisis social actual de Occidente no puede ser interpretada correctamente sin buscar las causas de ese desencanto. El ciudadano posmoderno ya no confía en la política, ha dejado de creer en sus encantos. Ya no observa la política como un modo de completarse, participando en una tarea común y superior a sí mismo. Y por esta razón, sin la política, el hombre se disuelve en la masa y se deshumaniza, porque precisamente es un ser sociable y político por naturaleza, un *zoon politikon*, como ya decía Aristóteles². Esa renuncia a la política es contraria al orden natural humano, de ahí la cantidad de disfunciones sociales existentes derivadas de la falta de participación en el poder y del déficit de representatividad de los dirigentes e instituciones.

Una manifestación de esta disfunción se observa en los grandes movimientos sociales, cuyos discursos y liderazgos a menudo se basan en la logomaquia instintiva y en consignas hiper-ideologizadas que mueven a un irreflexivo activismo social. Dinámicas, líderes y grupos que no posibilitan realmente una construcción política fecunda a la luz de un cambio de paradigma porque, aunque pretendidamente revolucionarios, son parte del mismo sistema político ya resquebrajado, su epifenómeno intelectual, un subproducto que pretende insuflar vida política artificial a un organismo social moribundo³.

Mientras ese viejo mundo político se revuelve contra sí sin llegar a disolverse totalmente, el sistema político dominante en Occidente está generando un nuevo individuo, cosmopolita, posmoderno, atomizado en la masa y secularizado, pero internamente desencantado. Sus nuevas banderas son el nihilismo, el relativismo y el escepticismo, posiciones mentales acomodaticias que aunque pudieran estar primeramente motivadas por la indiferencia y la apatía terminan reflejando una honda disconformidad del nuevo individuo occidental con un sistema político y económico del cual es simultáneamente artífice, cómplice y víctima.

² Vid. Capítulo II del Libro I de Aristóteles, *Política*, Alianza Editorial, Madrid, 1999 (Introducción, traducción y notas: Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez), en el cual pone énfasis en el carácter sociopolítico del hombre, frente al desarraigo e individualismo. Aristóteles, no cree pues en el buen salvaje mitificado por los ideólogos modernos, pues como dice en esta obra, al margen de la sociedad ciudadana, están las bestias y los dioses. Ya antes, su maestro, Platón, lo había expresado en tal sentido, al afirmar que ningún hombre es individualmente suficiente (*República*, II, 368b).

³ Sobre este particular nos remitimos a lo expuesto en nuestro anterior trabajo: Sanz Bayón, P., "El problema de la acción colectiva en los movimientos sociales de España", *España: razones para la esperanza*, CEU Ediciones, Madrid, 2014, págs. 709-732.

La abundante conflictividad social habida durante los últimos años en buena parte de lo que llamamos Occidente, da razón de que se han operado unas convulsiones en el magma social que todavía no terminan de consolidarse pero que pueden tener unas consecuencias impredecibles a medio plazo. La sociedad occidental parece desintegrarse y una considerable parte de los ciudadanos dejan de reconocer el sentido de la política y regresan a modelos autoritarios y demagógicos que apelan al paternalismo estatista y en definitiva a la irresponsabilidad personal. Este fenómeno probablemente llevará al sistema político al colapso del ya insostenible Estado de Bienestar (basado en el endeudamiento), siendo ineficiente la articulación de un civismo aséptico que pretenda establecer un control social para neutralizar potenciales convulsiones sociales. Este civismo aséptico, en el mejor de los casos, sólo podrá postergar momentáneamente la fecha de la desintegración completa de la *civitas*.

Este drama contemporáneo que de momento se mantiene silenciosamente latente no tardará en materializarse probablemente en la exhibición de fuerza, desde el poder y contra el poder constituido, esto es, en violencia pública -primero verbal o discursiva, y también económica-, luego física (policial y militar). Todos los derrumbes civilizatorios comparten el mismo final histórico, esto es, la pérdida del sentido y horizonte político reflejado en el profundo desencanto con las estructuras de poder. El artificio del Estado fascinó desde sus orígenes al hombre moderno pero le ha terminado de desproveer de códigos de pertenencia para su existencia.

A este respecto traemos a colación al sociólogo Javier Barraycoa, quién examina las claves de la comprensión del poder en el presente: “La fascinación por un Estado visible en la modernidad, del que todo se esperaba, se ha trocado en la ignorancia y apatía hacia unas estructuras de poder que tienden a crecer sin medida. Los lazos clásicos que establecía el contrato social entre ciudadanos y Estado han sido sustituidos por el asentimiento a un posmoderno sistema valorativo que cubre las expectativas vitales más inmediatas sin necesidad de plantearse la existencia como indisolublemente unida a lo social en cuanto que entidad histórica. El individuo, abandonado a un vacío universalismo y desprovisto de códigos de pertenencia, debe adentrarse en una nueva

etapa de su existencia. La interpretación de esa existencia ya no depende de su experiencia íntima sino de las interpretaciones espectacularizadas de las estructuras de poder”⁴.

Esta cuestión social y el planteamiento de su diagnóstico desde una sugerente óptica fueron ya avizorados, entre otros pensadores, por Wilhelm Röpke y Russell Kirk. Sendos aportes, desde diferentes orientaciones y entornos académicos, como examinaremos someramente a continuación, articulan una alternativa factible marcada por un realismo crítico pero optimista. Este realismo viene en primer lugar de asumir la realidad tal cual es. Y de aquí se extrae que los problemas sociales que se vienen sucediendo no son sólo de raíz política o económica, sino fundamentalmente de orden moral, en tanto que derrumbamiento de ese mismo orden.

Esta cosmovisión del fenómeno humano implica poner el foco en la filosofía realista, refutando explícitamente modelos sociales y políticos posmodernos basados en idealismos y racionalismos. Aunque hay una clara discontinuidad temporal y ambiental en la filosofía del realismo, una de las invocaciones recientes más acabadas sobre el pensamiento realista puede leerse en el *Manifiesto del nuevo realismo*, de Ferraris. Cabe aclarar que asumir la realidad tal cual es no quiere decir que el hecho de cerciorar la realidad signifique su aceptación. El realismo, como declara Ferraris no conlleva la aceptación de cosas existentes, sino que debe ser crítico, pero juzgando desde lo que es real y lo que no, en orden a transformar lo que no es justo, en contraste con el posmodernismo que “considera que basta sostener que todo está socialmente construido para inmunizarse del roce o fricción de lo real”⁵.

En este sentido, tanto Kirk como Röpke harían suyas, a nuestro juicio, las palabras de Ferraris, a la hora de principiar su pensamiento y acción política: “Justo porque hay un mundo real cuyas leyes son indiferentes a nuestras voliciones y reflexiones, es posible que, en un mundo tal, haya ciencia y haya justicia. En el realismo, por tanto, está incorporada la crítica, mientras que al anti-realismo le es inherente la aquiescencia que, desde los prisioneros de la caverna de Platón, nos lleva hasta las ilusiones de los posmodernos. Así, el argumento decisivo para el realismo no es teórico sino moral,

⁴ Véase Barrycoa, J., *Sobre el poder en la modernidad y posmodernidad*, Scire/Balmes, Barcelona, 2002, pág. 12.

⁵ Vid. Ferraris, M., *Manifiesto del nuevo realismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013, pág. 100.

porque no es posible imaginar un comportamiento moral en un mundo sin hechos y sin objetos”⁶.

Como se comentará después, tanto Röpke como Kirk dan razón de esta premisa y es por esto que en estos tiempos de desencanto general merece la pena volver a ellos para buscar un certero diagnóstico y encontrar una inspiración con que revitalizar auténticamente la política yendo más allá de las causas epidérmicas de la crisis de la sociedad occidental contemporánea.

2. El hastío social

El hastío social es uno de los factores que impide superar la crisis civilizatoria en que nos encontramos porque está detrás de la falta de relación del hombre moderno con su mundo, con la sociedad. De hecho, un considerable número de disfunciones sociales podrían guardar una relación muy estrecha con el hastío del hombre moderno, que encuentra su raíz en su falta de compromiso con la política, en el rechazo a su naturaleza social.

El ser humano no nace completado para formar parte de la sociedad. Se hace en su relación con el mundo, en comunicación con los demás, porque es un ser naturalmente político. Si la vida social resulta traumática por las consecuencias antisociales de las dinámicas estatales y mercantiles, el ser humano no puede evadirse en un cómodo aislamiento voluntario. Porque con esta actitud evasiva sólo conseguirá hastiarse en su burbuja de individualidad hasta la implosión del sistema, momento crítico que será ya tarde para reaccionar constructivamente.

La caída de Roma tuvo su origen en la corrupción de sus costumbres, en el repliegue de su fuente civilizatoria, incapaz de frenar el avance de las invasiones bárbaras. El hombre moderno, del mismo modo que sucedió con la Roma antigua antes de la barbarie, en la medida en que abdique de su apertura al mundo, coadyuvará silenciosamente a su autodegradación, aunque en el proceso de hundimiento la orquesta siga interpretando las últimas piezas musicales, como sucedió en la cubierta del Titanic mientras el casco se inundaba gradualmente bajo la línea de flotación.

El hastío social que hoy padecemos a todos los niveles, aparte de apuntar hacia una peligrosa huida hacia delante, hacia la irresponsabilidad individual, está matando la

⁶ Vid. Ferraris, M., *Manifiesto del nuevo realismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013, págs. 101-102.

espontaneidad comprometida que solía observarse históricamente en las sociedades rurales tradicionales, y que aún hoy puede verse en algunos pueblos y culturas de las sociedades que llamamos eufemísticamente, desde aquí, “Tercer Mundo”. Este fenómeno cuanto menos interpela acerca de si tanta tecnificación nos ha hecho perder de vista lo esencial, las cosas invisibles pero fundamentales, como es el trato cercano con el prójimo, la atención de la familia y necesitados, el compartir espontáneo y sencillo, la predisposición de servicio a la comunidad, el respeto y cuidado al entorno social y ambiental.

La observación de Montesquieu de que las clases propietarias tenían los placeres y los pobres la alegría, ya pertenece al pasado lejano. Hoy una apreciación de este tipo sería bastante inexacta. El pensador francés lo decía respecto a la sociedad de su siglo, la francesa del siglo XVIII, pero difícilmente podría suscribirse esta opinión en la sociedad cosmopolita de finales del siglo XX o principios del XXI. Los placeres de las élites y de los grupos dominantes tienden a ser imitados por las clases populares. Hoy esos placeres han sido socializados por el mercado, y en esta dinámica de vulgarización lo popular ha perdido su alegría natural, que ya no es fruto de la sociabilidad espontánea de la vida en común sino de un concepto de ocio masificado en el marco de una sociedad global de masas y consumo. Esta gran pérdida de la alegría hace todavía más complicado realizar una lectura del signo de los tiempos, que por su hastío social hoy afecta ya por igual a los grupos dominantes como a las clases populares. Desde esta perspectiva introducida, acometemos ahora la reflexión sobre los aportes de Röpke y Kirk respectivamente.

3. El diagnóstico social de Wilhelm Röpke

La práctica totalidad de los autores clásicos coinciden en que a continuación de una época de gran prosperidad de índole económica sucede una caída abrupta del orden moral, una decadencia generalizada de principios éticos. La experiencia de los siglos XVIII y XIX así lo confirma, aunque nos podríamos remontar igualmente a las épocas antiguas para verificar este hecho.

El auge producido por la Revolución Industrial trajo consigo importantes cambios en los procesos productivos, destacando fenómenos como la automatización de las máquinas, el éxodo rural, la especialización del trabajo y la preeminencia expansiva de la economía financiera. Y con el cambio en las relaciones productivas y comerciales se afectaron las relaciones personales, a través de un individualismo que embruteció la

sociedad industrial viendo emerger en su seno a las masas y al poder concentrado en el Estado. Las problemáticas sociales que se vienen arrastrando no han sido resueltas por la sociedad postindustrial de nuestros días. Sus estructuras organizativas acusan la misma falta de sensibilidad y deshumanización progresiva, un embrutecimiento masivo más sofisticado pero quizá menos visible a causa de las nuevas tecnologías.

Entre los autores que dan cuenta de este fenómeno destaca singularmente Wilhelm Röpke en el análisis político-económico desarrollado en su obra *La crisis social de nuestro tiempo* (1950)⁷. Röpke ofrece en su obra una visión integradora advirtiéndonos que ningún sistema político puede configurar espiritualmente una sociedad. Es en este punto donde Röpke sobresale como analista de la crisis social contemporánea, en contraste con una plétora de intelectuales coetáneos que no supieron, ni tal vez quisieron, dirigirse al trasfondo moral para explicar las causas de la crisis de identidad de Occidente y su decadencia moral y social.

Röpke, por tanto, amplifica el estudio de la realidad de su tiempo, sin ceñirse estrictamente a los parámetros y esquemas reduccionistas de las tesis materialistas, sociologistas e historicistas que no contemplan una antropología humanista ni integradora. Precisamente, en este sentido, el diagnóstico de la crisis social desarrollado por Röpke, junto a la Escuela de Friburgo, resuena, o cuanto menos evoca, a la doctrina social católica, apuntando en la misma dirección en muchas de las cuestiones sustantivas, al enfatizar la necesaria relación de equilibrio que debe haber entre el Estado, la sociedad y el mercado.

En la obra antes citada, Röpke realiza un diagnóstico del proceso histórico que nos ha llevado a la decadencia social y apunta algunas recetas para corregir el rumbo. Sus puntos de partida son prácticamente idénticos a las de otros autores como Chesterton o Belloc, no así sus recetas para salir de la crisis civilizatoria, que difieren en no pocos aspectos nucleares. Mientras Cherterton y Belloc proponen un modelo distributista y corporativista -que habría que interpretar en clave de integración de las entidades intermedias como contrapeso civil ante la emergencia del binomio Estado-mercado-, el ordoliberalismo de Röpke, por su parte, parece otorgar al Estado el papel de regulador conforme en un marco de economía social de mercado. Por medio de la política social, económica y financiera,

⁷ Vid. Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, El buey mudo, Madrid, 2010. Título original: *Die Gesellschaftskrisis der Gegenwart*. Trad. Juan Medem Sanjuán.

el cometido del Estado, según el ordoliberalismo röpkeano, es el de proteger a los débiles, igualar intereses, establecer las reglas del juego, y limitar el poder del mercado. Röpke apuesta por un sistema económico basado en un "humanismo económico", en el que el individualismo sea equilibrado por un principio de sociabilidad y humanidad.

Ciertamente, las recetas de Röpke arrojaron resultados satisfactorios en la Alemania de Adenauer, de quién fue asesor económico. Pero en general, ese ordoliberalismo (liberalismo reformado o anti-racionalista) perdió la batalla a favor del flanco más mediático y capitalista representado por sus viejos adversarios de la Mont Pelerin Society. Las tesis de Hayek o Von Mises tuvieron más eco en un Occidente capitaneado por EEUU tras la Segunda Guerra Mundial. De ahí que el neoliberalismo de la Escuela Austríaca y de la Escuela de Chicago con sus postulados economicistas, materialistas y utilitaristas adolezca de una insensibilidad patente debido a unos autores de cabecera particularmente amorales, como Milton Friedman. Tal circunstancia les imposibilita hoy resituarse ante los nuevos panoramas abiertos tras la crisis económica mundial de 2008.

Ante el escenario de agudización de la crisis social actual, ¿qué es lo que se puede recuperar de Röpke? Dejando aparte su Tercera Vía, que quizá pudiera suscitar muchas dudas en su aplicación práctica, así como la idealización de Suiza y de su equilibrio campo-ciudad cuyo modelo político, económico y social difícilmente sería exportable a las grandes potencias occidentales, lo que sin duda parece más oportuno es recuperar su agudo diagnóstico social⁸.

Röpke propone un ordoliberalismo, un liberalismo anticapitalista y anti-racionalista para contrarrestar los peligros de un Estado de tendencia cada vez más intervencionista, que con el *leitmotiv* de lo "Social" y del "Bienestar", se arroga poderes casi omnímodos para anular la humanidad del individuo hasta reducirle a elemento cuantitativo e irresponsable cuya personalidad se desdibuja en una masa amorfa embriagada de derechos y prerrogativas cortoplacistas pero esquiva de sus deberes y carente de auténtica libertad política. Un individuo que es el resultado de un individualismo desgarrador

⁸ La literatura en español sobre Röpke y el ordoliberalismo es bastante exigua, pero merecen destacarse: Böhmeler, A., *El ideal cultural del ordeoliberalismo*, Unión Editorial 1998; Molina, J., *Wilhelm Röpke y la Tercera vía*, Instituto Empresa y Humanismo 2001; Molina, J., "Wilhelm Röpke, conservador radical", en *Revista de Estudios Políticos*, Nº 136, 2007, y Resico, M.F., *La estructura de una economía humana*, Ediciones de la Universidad Católica de Buenos Aires, 2008.

producto de la sociedad de masas, de ocio y consumo, cuyas deficiencias e ineficiencias terminan por requerir un férreo control estatista para su ordenación.

Röpke fue muy crítico con la maximización del Estado del Bienestar, debido a que un Estado asistencialista ganaría demasiada influencia en la vida y en la propiedad de sus ciudadanos, resultando en una forma de sumisión. No falta decir que su crítica se ha visto confirmada con el transcurrir del tiempo si observamos el nivel de intervención del Estado en la vida privada de los ciudadanos, por medio de concesión de derechos y libertades que tienen una contraprestación directamente proporcional a través de la imposición de mayores limitaciones, cargas, obligaciones y tributos.

Es allí donde Röpke renueva la advertencia que formuló Tocqueville un siglo antes en *La democracia en América*, acerca de los peligros del democratismo y de la tiranía de la mayoría⁹. Para Röpke, ese culto a lo colosal es ajeno a la naturaleza humana y abona el terreno para la emergencia del totalitarismo estatal y mercantilista. Lejos de cumplir los objetivos de prosperidad y seguridad, ha desembocado en una crisis social todavía más honda que la que pretendía resolver.

A este respecto, el Estado de Bienestar podría concebirse como un subtipo actualizado de totalitarismo, pero ahora camuflado y revestido de una hiperlegitimidad pretendidamente democrática que interviene sistemáticamente en la vida social, a través de administraciones mastodónticas y organismos hipertrofiados, haciendo a sus súbditos cada vez más dependientes de los poderes públicos¹⁰.

4. La propuesta de Russell Kirk ante la crisis social

En la misma clave de compromiso con la sociedad de Röpke se mueve también el planteamiento de Russell Kirk en su *Programa para conservadores* (1956)¹¹. Kirk no

⁹ Vid. Tocqueville, A., *La democracia en América*, Alianza Editorial, Madrid, 2011 (2 Vol.). Título original: *De la démocratie en Amérique*. Traducción: Dolores Sánchez de Aleu. Asimismo, un comentario acerca del peligro de la degeneración de los ideales democráticos advertidos por Tocqueville puede encontrarse en nuestro trabajo: Sanz Bayón, P., "Una perspectiva del ideal y de la desviación de la sociedad democrática", en Olga Belmonte García (Coord.), *De la Indignación a la regeneración democrática*, Servicio de Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 2014, págs. 91-102.

¹⁰ Asimismo, en nuestro anterior trabajo, Sanz Bayón, P., "Una visión del alcance y efectos de la sociología en el arte del derecho", *Espíritu: cuadernos del Instituto Filosófico de Balmesiana*, Nº147, 2014, págs. 99-116, ya señalamos que la sujeción de la vida civil a la intervención progresiva del Estado por vía de la des-sustancialización o devaluación del derecho privado (patrimonial, contractual, familiar, matrimonial y sucesorio) por el derecho público (constitucional, tributario, administrativo, penal), ha dado lugar a una alteración des-naturalizadora de las instituciones civiles básicas pre-estatales y meta-políticas.

¹¹ Vid. Kirk, R., *Programa para conservadores*, El buey mudo, Madrid, 2004. No obstante, la obra más conocida de Kirk fue *The Conservative Mind* (1953), que traza el desarrollo del conservadurismo

propone una ideología. No existe ni puede existir algo parecido a una ideología conservadora. El conservadurismo es precisamente lo contrario a un esquema racionalista cerrado axiomáticamente y abstracto. En razón de sus contenidos guarda mayor similitud con una mentalidad, con un conjunto de pautas lógicas y prudenciales que proceden de la experiencia de la vida personal, familiar y comunitaria.

Para Russell Kirk el pensamiento conservador es una actitud basada en convicciones e intuiciones, las cuales son susceptibles de articular un discurso solutivo de los problemas concretos que afectan a la sociedad. Pero Kirk no pretende agotar la realidad con el pensamiento conservador ni agotar el pensamiento conservador con la realidad. Más bien, lo que desarrolla en su propuesta es un esbozo de las líneas generales atendiendo a la realidad social de EEUU, entrando en diálogo con autores de su época. Resultaría vana cualquier pretensión de objetar su programa para conservadores identificándolo con la ideología. La ideología diseña un resultado y luego busca los argumentos para justificar los efectos del diseño social preestablecido. El conservadurismo de Kirk de ningún modo altera el silogismo de la lógica clásica: parte de la observación de la realidad para comprenderla. Una vez observada y comprendida, decide qué es lo que tiene que mejorarse y qué es lo que tiene que preservarse.

Una vez aclarada esta cuestión metodológica, no resulta complicado dilucidar la intención de Russell Kirk a lo largo del desarrollo de su programa conservador. Por las numerosas veces en que cita a Edmund Burke, constante en toda la obra, podría afirmarse que el espíritu que anima su *Programa* es la actualización de Burke a la luz de los fenómenos del siglo XX. Kirk quiere leer la segunda mitad del siglo XX en la misma clave en que Burke supo hacerlo con la Revolución Francesa. No en el sentido de traer extemporáneamente el pensamiento de Burke a plena mitad del siglo XX norteamericano, sino de repensar la Revolución actual de corte progresista como epílogo del proceso descomposición cultural de Occidental que tuvo su eclosión en tiempos de Burke, a finales del siglo XVIII¹².

estadounidense desde sus influencias originales hasta personajes tales como T.S. Eliot, pero dando un lugar central a Burke. En esta obra, Kirk basa sus posiciones en una percepción del hombre como un ente eminentemente moral, valorizando principalmente el papel del orden y la religión como fuente principal de sentido en la vida de los individuos y rechazando específicamente a toda y cualquier ideología por ser por definición, en su opinión, antirreligiosas.

¹² Para ahondar en este punto, consúltese: Burke, E., *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, Madrid: Alianza Editorial. Título original: *Reflections on the Revolution in France* (1790). Traducción: Carlos Mellizo.

A tal efecto, Kirk sostiene en su obra que las circunstancias actuales tienen una comunidad de causas con las convulsiones de los tiempos de Burke, comenzado por el nacimiento de la ideología, la ruptura de la “sociedad eterna” y el olvido de “la no comprada gracia de la vida”, conceptos a los que recurre Kirk en numerosas ocasiones para atender al diagnóstico de los problemas sociales¹³.

Kirk enraíza el pensamiento conservador en la tradición clásica, con el orden social que se desprende de ella, y lo contrapone a la Revolución o “Fe en el Progreso”, que irrumpe de la Modernidad, cuyos efectos desgarradores, a su juicio, están disolviendo la sociedad civilizada. El progresismo revolucionario se inserta en el Estado del Bienestar, como ideología del Estado pos-totalitario surgido en la segunda mitad del siglo XX. En este marco interpretativo se mueve Kirk para ofrecer su alternativa solutiva: el pensamiento conservador, su revitalización.

El pensamiento conservador parte, como antes se ha apuntado, de la observación misma de la realidad social. Y la investigación de la realidad arroja su propia problemática. En esta realidad problemática Kirk identifica ocho grandes problemas de los cuales se ocupa desde el capítulo 3º al capítulo 10º (mente, corazón, hastío social, justicia social, necesidades, orden, poder y tradición).

Obviamente, el enfoque dado por Kirk a estos problemas corresponde con el de su realidad inmediata, la sociedad estadounidense de finales de la década de los 50. Sin embargo, el pensamiento conservador propuesto por Kirk es plenamente asumible para otras realidades sociales occidentales como la española, tal y como lo demuestra el profesor Gallego en su Apéndice a la edición española publicada en 2004. El conservadurismo tiene probablemente mucho que decir y que hacer en la España contemporánea, porque los problemas a los que se enfrenta no distan en demasía de los observados por Kirk en EEUU. Son problemas comunes a la civilización occidental, problemas introducidos e intensificados por la decadencia intelectual, social y moral.

A la vista de los ocho problemas, Kirk propone la revitalización del pensamiento conservador. Esta revitalización se condensa en la defensa de la cultura tradicional de Occidente, no como algo abstracto a lo que hay que aproximarse filosóficamente, sino

¹³ En este aspecto, la obra de Kirk denota la síntesis que realiza del pensamiento conservador y la influencia recibida de autores como Samuel Taylor Coleridge, Walter Scott, James Fenimore Cooper, Nathaniel Hawthorne, James Russell Lowell, George Gissing, George Santayana, T. S. Eliot; John Henry Newman, Walter Bagehot, Henry James, Leslie Stephen e Irving Babbitt, entre otros.

como un estilo de vida, una forma de pensar la sociedad y actuar en la política. En este sentido, Russell Kirk entronca a Burke con T.S. Eliot. La revitalización del pensamiento conservador debe activarse a través del cumplimiento efectivo de tres exigencias que podrían sintetizarse de la siguiente forma:

(1) Según Kirk, los conservadores deberían liberarse del prejuicio ideológico. Es decir, deben de dejar de sentir complejo de inferioridad por lo que piensan, dicen y hacen. No deben disculparse frente los autodenominados progresistas por defender sus ideas y convicciones en el debate público. Deben dejar de estigmatizarse como reaccionarios o involucionistas por más que el empeño de sus adversarios sea el de etiquetarlos de esa manera. El pensamiento conservador, a juicio de Kirk, no debe caer en el juego tramposo de los calificativos porque es un juego inventado por el progresismo para hiperlegitimarse y expedir títulos de demócratas según su conveniencia. A ese juego los conservadores nunca van a estar invitados y si lo están será en concepto de blanco de la diana. El espacio público pertenece supuestamente a todos los ciudadanos y el pensamiento conservador debe ocupar su parcela y apuntalarse firmemente, sin depender de las modas ni de la bendición del progresista, y ni mucho menos de la autorización ideológica para pasar a la acción política.

(2) A la liberación del prejuicio ideológico le sigue, según Kirk, la batalla cultural frente al progresismo. A tener en cuenta es que la ideología progresista, a través de su vertiente socialdemócrata, es la que domina actualmente el marco cultural y educativo, principalmente por medio de una mayoría de los medios de comunicación y de la enseñanza, tanto desde el sector público como desde el privado. Esta coyuntura, como hace notar Kirk, ha dado lugar a un escenario basado en la ideologización de las masas y el sesgo del debate público. Hoy diríamos que lo que se ha establecido, más sofisticadamente en los últimos lustros, es una suerte de “ideocracia” que opera a través de la ingeniería social y palabras-policía para controlar el pensamiento y la opinión pública.

(3) Finalmente, inmerso en la batalla cultural y mediática, el conservadurismo debe, de acuerdo con Kirk, reorientar la estrategia desde una posición defensiva -como ha sido la mantenida hasta el momento sin apenas logros apreciables- hacia una posición ofensiva. El pensamiento conservador significa para Kirk una iniciativa civilizatoria, proactividad frente al hastío social y la desilusión generados por las políticas progresistas.

Afrontar estas tres exigencias hará posible la revitalización del pensamiento conservador, a partir de la renovación de la política y recuperación de los espacios públicos. Russell Kirk levanta acta de los problemas actuales y observa que todos provienen de la erosión del orden social tradicional. El Estado moderno, como expone, ha ido liquidando progresivamente los soportes que hacían posible dicho orden, como los cuerpos intermedios, las competencias municipales, las asociaciones, las comunidades religiosas, la autonomía universitaria, o las corporaciones profesionales, entre otros.

Respecto a la caracterización del pensamiento conservador propuesto por Kirk, pueden glosarse algunas notas sin ánimo de exhaustividad. Al no ser una ideología, Kirk rehúye del racionalismo, del intelectualismo y en general de todo tipo de abstracción excesiva. El conservadurismo, según es entendido por este autor, constituye una mentalidad práctica que se funda en la experiencia histórica, personal y comunitaria. En este sentido, el mismo Kirk es consecuente y predica con el ejemplo, recogiendo múltiples anécdotas y vivencias de la realidad problemática de la sociedad norteamericana.

El pensamiento conservador deposita su confianza en la sabiduría, que tiene su fuente en la historia. En este sentido, como sostiene Kirk, todo conservador debería conocerla para no ser embaucado en la dialéctica política. El progresismo reconstruye la historia, es su *modus operandi*. A partir de la reconstrucción materialista de la historia proyecta su utopía, que por su propia naturaleza es algo irreal, algo que no tiene encaje en la realidad. Bajo su proyecto racionalista, el progresista se empeña en introducir toda la compleja realidad humana bajo los rígidos esquemas de su ideología, hasta que lo humano termina por desbordar las estructuras de poder del proyecto político.

El conservadurismo es eminentemente realista y empírico. Este realismo lo desarrolla Kirk a partir del reconocimiento de la antropología dual del ser humano. Esto lleva a Kirk a formular la conveniencia de conciliar el cambio o la innovación con la tradición o lo permanente. Por esta razón descarta el buenismo o el fatalismo. El ser humano no es un buen salvaje, como en su día declaró Rousseau, pero tampoco un lobo, como dijo Hobbes. Ni todo debe cambiarse ni todo debe mantenerse. Lo apropiado a su juicio es pues la conciliación de ambos impulsos de acuerdo con la naturaleza dual del ser humano. Este realismo conservador proporciona pues una cierta distancia o prudencia en lo que respecta a la consideración del poder. Aunque el poder no es malo por

naturaleza, sí puede ser peligroso. Por esta razón debe ser controlado, procurarse su separación y evitar su concentración.

Finalmente, en el *Programa para conservadores* se identifican dos claves que por su importancia no puede dejarse de mencionar, pues sin ellas no sería posible caracterizar plenamente la propuesta de Kirk. Una de ellas es la importancia de la religión y espiritualidad como orden trascendente cuya necesidad entiende intrínseca a la naturaleza humana. Para un conservador no es sólo un consuelo que se reduce a la intimidad de la persona, o como mucho, al ámbito de una familia o comunidad. Kirk postula que toda civilización se origina en la religión, lo que implica que si el culto o sentido religioso de la sociedad decae, se derrumba también su cultura y su sentido político, aun cuando el nihilismo al que lo anterior da origen produzca un aparente florecimiento cultural. La religión cristiana es (o era) la base de la moral occidental y de acuerdo con Kirk ha de operar como un contrapeso frente a los poderes públicos.

Desde los albores de la Modernidad, como ya observó Tocqueville en el primer tercio del siglo XIX, las relaciones entre el orden temporal y el orden espiritual colisionaron frontalmente. La tentación del poder temporal ha sido desde entonces procurar su autodivinización inmanente, revistiéndose de las categorías sagradas (del Estado Absoluto al Estado Totalitario). Esto altera el equilibrio de la religión como representante del orden espiritual en la historia humana. Por tanto, el contrapeso de la base moral cristiana, como sostiene Kirk, puede evitar la corrupción de la política. De lo contrario, una vez absolutizado el poder político en el Estado, éste eliminará a su “competencia divina”, la religión, corrompiéndola y persiguiéndola.

La otra característica es la importancia de la diversidad. Kirk entiende la variedad del género humano como una fuente de riqueza, al permitir el desarrollo social de los talentos, capacidades y habilidades de los ciudadanos. La diversidad, en tanto que manifestación de la riqueza cultural, obliga a ser protegida por medio del derecho de propiedad. A este respecto, Russell Kirk contrapone la defensa de la diversidad sobre la base de una igualdad de oportunidades, que debe ser protegida con el derecho de propiedad frente a la uniformidad por la que aboga el progresismo, que a la larga incurre en igualitarismo liberticida y en políticas fiscales expropiatorias y confiscatorias que empobrecen a las clases medias.

El programa de Kirk, en definitiva, constituye una propuesta de solución a los ocho problemas contemporáneos que identifica en la crisis social de nuestro tiempo. El núcleo de su propuesta es la recuperación de Occidente como conjunción de la cultura grecolatina y de la religión judeocristiana, la síntesis que ha hecho de sus diversos pueblos una sociedad civilizada. Sus principios para la revitalización del pensamiento conservador, desbordantes de coherencia y sentido común, son las premisas para una auténtica convivencia humana y por eso pueden resultar en sí mismos tan sugestivos. Kirk despliega en su *Programa* una propuesta regenerativa basada en la clarividencia, que en la línea de Burke, Tocqueville o más recientemente Röpke, merece ser considerado como un autor cuya lectura es sin duda recomendable, como referencia ineludible para la defensa de la sociedad civilizada ante el advenimiento de tiempos de convulsión y confusión general.

5. Reflexión final

Como diagnosticaron Röpke y Kirk, la causa de la crisis social y democrática de Occidente hay que encontrarla en el derrumbamiento del orden moral, sin el cual no se puede proporcionar sentido a la vida personal y comunitaria. La tarea de recuperar el mundo debe ponerse detrás de la tarea de recuperación del ser humano, y en términos más precisos, del descubrimiento o redescubrimiento del concepto integral de persona humana como ser social por naturaleza y de la cosmovisión realista a dicha concepción antropológica, a fin de recomponer la vida política haciendo frente a la creciente presión del binomio Estado-mercado.

De este modo, podrá cimentarse un primer avance efectivo para la resolución del conflicto social latente desde los umbrales de la Modernidad, pues el hombre empezará a dominarse. La falta de autodomínio del hombre es precisamente lo que falló en el siglo XX, la centuria en el que el hombre consiguió dominarlo todo excepto a sí mismo. La falta de dominio de sí le ha producido hastío, desencanto, desconfianza, desmoralización.

Sin duda, alcanzar esta maduración colectiva será una tarea ardua pero virtuosa que requerirá el trabajo y esfuerzo perseverante de muchas generaciones, grupos y líderes durante décadas. Pero esa inmensa tarea, desde una realidad pensada sin espejismos ni atajos, será la clave de la supervivencia de la sociedad civilizada.

Referencias bibliográficas

Aristóteles, *Política*, Alianza Editorial, Madrid, 1999 (Capítulo II del Libro I).
Introducción, traducción y notas: Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez.

Barraycoa, J., *Sobre el poder en la modernidad y posmodernidad*, Scire/Balmes, Barcelona, 2002.

Burke, E., *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, Alianza Editorial, Madrid, 2003.
Título original: *Reflections on the Revolution in France (1790)*. Traducción: Carlos Mellizo.

Ferraris, M., *Manifiesto del nuevo realismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013.

Kelsen, H., *Esencia y valor de la democracia*, Comares, Granada, 2002.

Kirk, R., *Programa para conservadores*, El buey mudo, Madrid, 2004.

Kirk, R., *The Conservative Mind*, 7ª ed., Regnery Publishing, Washington, 2001.

Röpke, W., *La crisis social de nuestro tiempo*, El buey mudo, Madrid, 2010. Título original: *Die Gesellschaftskrisis der Gegenwart*. Trad. Juan Medem Sanjuán.

Sanz Bayón, P., "El problema de la acción colectiva en los movimientos sociales de España", *España: razones para la esperanza*, CEU Ediciones, Madrid, 2014, págs. 709-732.

Sanz Bayón, P., "Una visión del alcance y efectos de la sociología en el arte del derecho", *Espíritu: cuadernos del Instituto Filosófico de Balmesiana*, Nº 147, 2014, págs. 99-116.

Sanz Bayón, P., "Una perspectiva del ideal y de la desviación de la sociedad democrática", en Olga Belmonte García (Coord.), *De la Indignación a la regeneración democrática*, Servicio de Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 2014, págs. 91-102.

Tocqueville, A., *La democracia en América*, Alianza Editorial, Madrid, 2011 (2 Vol.).
Título original: *De la démocratie en Amérique*. Traducción: Dolores Sánchez de Aleu.